

Prólogo

19 de junio de 1892

Querida Annabelle:

No contestaste mi carta anterior, por lo tanto me tomo la libertad de volver a escribirte para pedirte una entrevista, con el fin de hablar del cuadro.

Te lo suplico, por favor, no dejes que el pasado te dicte la decisión a este respecto. Ven a verme a la galería antes de la exposición, para que podamos hablar. El cuadro se merece este reconocimiento.

Magnus Wallis

Con la espalda apoyada en la rugosa corteza del roble de la colina, Annabelle Lawson echó atrás la cabeza y se puso una mano en el estómago. El corazón le latía desbocado, como si se le fuera a salir del pecho. Siempre había temido que llegara ese día, el día en que, después de todos esos años, Magnus tuviera el atrevimiento de intentar contactar con ella.

Hizo una inspiración larga y profunda, diciéndose que por lo menos así ya estaba prevenida, ya sabía que él había vuelto a Lon-

dres. Habría sido atroz encontrárselo inesperadamente en alguna parte. Aunque eso no hacía menos atroz lo de la carta.

«Ven a verme a la galería, para que podamos hablar.»

Comenzó a revolvérsele el estómago. Él deseaba verla, pero ¿cómo podría verla ella? No le había perdonado lo que le hiciera tantos años atrás; le había hecho trizas el corazón, pisoteándose cruelmente. La había tratado de una manera abominable, imperdonable. Era el enemigo de su hermano, y era vengativo. No tenía corazón.

No, no podía ir a verla. Sería muy doloroso; sería un sufrimiento terrible volver a experimentar todos esos sentimientos.

Una fresca brisa agitó la carta que tenía en la mano. Miró más allá del caballete, la ladera de la verde colina, en dirección a su casa. O, mejor dicho, la casa de su hermano, que había estado intentando captar en la tela.

Apartándose del árbol dobló la carta y se la metió en el bolsillo. Cogió la paleta y el pincel y avanzó un paso, pero se detuvo para colocarse nuevamente la mano en el estómago, esperando que pasara el malestar de las náuseas.

Hacía años que no sentía nada tan intenso, comprendió repentinamente. Ocho, para ser exactos, porque esa fue la última vez que supo algo de Magnus, el día en que él decidió marcharse a Estados Unidos, para siempre.

Qué inmenso alivio sintió ese día. Se sintió aliviada porque él desaparecería y no volvería a molestarlos nunca más, ni a ella ni a Whitby, que le pagó una buena suma de dinero para que se marchara, y le prometió una generosa asignación anual mientras continuara en Estados Unidos. Magnus sabía que si volvía, cesarían esos pagos.

Pero había vuelto, ¿no? Estaba en suelo inglés, abriendo viejas heridas y haciéndola dudar de que se hubiera marchado realmente, porque las cicatrices que le dejara seguían dolorosamente marcadas en su corazón.

Obligándose a desechar esos pensamientos para que no la siguieran distraendo más tiempo, porque deseaba terminar ese cuadro, contempló atentamente su pintura, evaluándola.

Estaba casi terminado, pero todavía no transmitía lo que ella deseaba transmitir. Resuelta a conseguirlo, untó el pincel pequeño en pintura negra y repasó el contorno del costado de la casa. Dio unos toques al otro lado también y cogió la espátula para delinear y afinar los trazos que acababa de añadir.

Volvió a retroceder para examinar esos pequeños cambios.

Buen Dios, llevaba una eternidad trabajando en ese cuadro y seguía sin sentirse satisfecha. Continuaba soso, no transmitía ninguna emoción. Cualquiera podría haberlo pintado. Whitby estaría igual de contento con una fotografía de la casa.

Exhalando un suspiro de frustración, dejó la paleta sobre la caja de óleos, retrocedió hasta apoyar nuevamente la espalda en el árbol y continuó contemplando el cuadro. ¿Qué era lo que estaba mal? ¿Qué le faltaba?

Lo mismo que les faltaba a todos sus otros cuadros, pensó: originalidad, pasión, vida. Jamás corría riesgos al pintar, y nunca se sentía feliz con sus cuadros, y continuaría eternamente intentando mejorarlos si pudiera.

Sopló otra racha de viento, agitando las hojas del roble.

Continuó otros cuantos minutos mirando insatisfecha la pintura, pensando qué podría hacer para arreglarla, y al final negó con la cabeza y decidió renunciar. La verdad era que no tenía la menor idea de qué hacer para mejorar ese cuadro sin arriesgarse a estropearlo. Mejor no correr ese riesgo.

Así pues, limpió la paleta y los pinceles, lo guardó todo en la caja y la cerró.

Tal vez Whitby lo encontraría bueno. Al fin y al cabo nunca estaba de acuerdo con ella acerca de sus cuadros, y siempre intentaba convencerla de que eran maravillosos, aun cuando ella invariablemente los consideraba desastrosos.

Se tendió en la hierba para esperar que se secase la pintura, entrelazó los dedos sobre el estómago (menos mal que ya se le había pasado el malestar) y cruzó los tobillos. Contempló las hojas del roble, con los ojos entrecerrados para evitar el brillo blanco del cielo, y volvió sus pensamientos a la carta que tenía en el bolsillo.

«El cuadro se merece este reconocimiento.»

Entonces cayó en la cuenta de que había estado tan horrorizada por la idea de volver a ver a Magnus que no había tomado en cuenta toda la realidad. Él deseaba exponer uno de sus cuadros en una exposición.

No, no era sólo uno de sus cuadros; deseaba exponer *El pescador*, el que ella no veía desde hacía trece años. Ni siquiera recordaba cómo era, y tampoco sabía muy bien si deseaba verlo. Siempre había lamentado haberlo pintado, y deseado que no existiera en el mundo. Muchas veces, a lo largo de los años, había deseado poder recuperarlo para destruirlo.

Pero al parecer él lo consideraba digno de elogio.

¿Sería posible que él tuviera razón, y que esa exposición fuera la clave para su futuro como pintora? Y si la respuesta era sí, ¿podía desaprovechar esa oportunidad debido a sus sentimientos personales por Magnus?

Sin duda ya era lo bastante fuerte para pasar por eso, ¿no? Ya sabía la verdad sobre él y ella era una mujer, no la niña ingenua que fuera tantos años atrás, cuando subió al tren...

El tren

Trece años antes

Capítulo 1

Junio de 1879

La tía Millicent se alisó la falda, acomodándose en su asiento del tren, y comentó:

—Desde luego ese chal es decididamente para una chica joven, no es apropiado para ella. Después de todo va a cumplir setenta y cinco. El color es demasiado atrevido y ni siquiera es elegante. Y hablando de eso, ¿por qué te pones ese sombrero? Es lo más horrible que he visto en sombreros. Parece que llevaras una bala de heno púrpura en la cabeza.

Como siempre, Annabelle se desentendió del estrecho criterio de su tía en cuanto a gustos en sombrerería, porque no iba a renunciar a ese sombrero. Era satisfactoriamente único.

—Supongo que va bien con nuestro entorno —añadió la tía, en tono altivo.

Diciendo eso paseó la mirada por el coche de segunda clase, alzando el mentón, despectiva, manifestando su repugnancia por los mercaderes y comerciantes.

Annabelle también se desentendió del esnobismo de su tía, porque no habían tenido elección respecto al coche. El de primera clase estaba lleno y no podían esperar el siguiente tren, porque ya iban retrasadas a la fiesta de cumpleaños de la tía Sadie.

—El chal es de un tono de azul de muy buen gusto, tieta —contestó, intentando distraer a Millicent de su descontento—. Es como el cielo. Le va a acentuar el vivo color de sus ojos.

—No le hace ninguna falta que algo le destaque los ojos de esa manera. A su edad...

Gruñendo de frustración, porque la tía Millicent no aceptaría de ninguna manera cambiar su opinión sobre el chal azul, Annabelle volvió la mirada hacia la ventanilla. Iban aminorando la marcha. Entonces el tren rechinó al detenerse en la estación de Leicester a recoger pasajeros.

La locomotora silbaba y echaba vapor mientras se agolpaba la gente en el andén. Annabelle sonrió mirando a una familia, una pareja joven que estaba a la sombra de la marquesina con un bebé en un coche nuevo. La mujer, que llevaba un elegante sombrero con pluma, levantó la mano enguantada y la agitó, saludándola, y Annabelle le correspondió el saludo alegremente.

—Ese sí es un sombrero bonito —dijo la tía Millicent, moviendo un dedo—. ¿Ves cómo encaja con todos los demás?

Sin hacer caso de la arenga de su tía, y pensando que podrían estar detenidas ahí varios minutos más, Annabelle hurgó en su ridículo buscando el libro que había traído. Estaba inclinada, totalmente distraída por el enredo de cosas que llevaba en el bolso (¿en qué momento puso ese cortacigarros ahí?), cuando de repente se abrió la puerta del coche, sobresaltándola, porque iba sentada muy cerca. Se enderezó bruscamente.

—Le ruego que me disculpe —dijo un hombre, subiendo y paseando la mirada por el coche lleno.

Detrás de él venía una mujer mayor; él la ayudó a subir y le indicó con un gesto los asientos desocupados que enfrentaban los de Annabelle y Millicent.

—Parece que estos son los últimos asientos desocupados que quedan. ¿Si no les importa?

Naturalmente, Annabelle dejó la respuesta a su carabina, pero aun en el caso de que hubiera sido ella la que debía contestar no sabía si habría podido hablar, porque el corazón había comenzado a

golpetearle en el pecho y sentía un extraño hormigueo en el interior de la boca. Porque el hombre, que se estaba quitando el abrigo negro ante sus ojos, era, en una palabra, magnífico.

La señora mayor que estaba detrás de él también se quitó el abrigo, pero ella sólo veía al hombre: alto, de hombros anchos, y moreno. Su pelo era negro, brillante, y sus ojos, castaño oscuro. Él se giró hacia ella y ella tuvo que esforzarse en mantener los ojos bajos, aunque sí levantó brevemente la vista para observarle los hermosos contornos de los hombros y la espalda mientras él ayudaba a la señora mayor colgando su abrigo y el de él en una percha cercana.

Entonces, de repente, él se giró y miró hacia el suelo, hacia los pies de ella, y tuvo la vista fija en ellos un momento.

Por primera vez en su vida Annabelle sintió vergüenza de sus botas. Eran botas de hechura para niños, y no eran en absoluto elegantes, pero eran muchísimo más cómodas que las botas para señoras, sobre todo porque se pasaba la mayor parte de su tiempo caminando por el campo con su caballete bajo el brazo.

Se apresuró a esconder los pies bajo las faldas.

Cuando el hombre finalmente se sentó, sonrió amablemente, primero a la tía Millicent, que lo estaba mirando desconfiada, hacia abajo, por su larga y aristocrática nariz, y luego a ella, que se las arregló para corresponderle la sonrisa despreocupadamente.

Era de esperar que no estuviera ruborizada; eso sería humillante.

Resuelta a no mirarlo, levantó el libro, lo abrió y simuló que continuaba leyéndolo. Sí, simuló, porque no era capaz de concentrarse teniendo a ese hombre tan guapo sentado a poco más de medio metro de ella, mirándola.

Sí, decididamente, a veces los trenes te ponen en situaciones violentas.

Sonó el pito del tren y todos se mecieron hacia delante y atrás cuando la locomotora comenzó a avanzar lentamente, alejándose de la estación. Annabelle miró por la ventanilla a la pareja joven y continuó observándola a través de las nubes de hollín, hasta que se perdieron de vista.

Muy pronto el tren ya estuvo en plena marcha, haciendo más rápido el martilleo de los pistones debajo del coche a medida que cobraba velocidad.

Sintiendo ese vibrante chuf-chuf en las suelas de las botas, Anabelle levantó la vista por encima del libro para echarle otra rápida mirada al hombre sentado enfrente. Él estaba distraído mirando por la ventanilla, así que ella recordó su mantra de pintora, «nada puede reemplazar la observación», y examinó su cara con más meticulosidad.

Lógicamente, su cara era perfección pura: nariz recta, mandíbula fuerte bien cincelada y pómulos altos. Y junto con esos rasgos angulosos, masculinos, unos labios llenos y húmedos que parecían agradablemente dúctiles.

Qué no daría por pintarlo.

Esa era una idea muy rara, porque jamás pintaba a personas. Sólo pintaba paisajes, de preferencia escabrosos, de lo que tal vez provenía esa marcada fascinación. Él también era escabroso, como los accidentados litorales ingleses que cautivaban su imaginación más que cualquier otro lugar u objeto. Le encantaba el sonido del mar, el rugido de las olas al romper en las rocas, y le gustaba intentar captar en su pintura las profundidades y distancias insondables que son una parte intrínseca del mar.

No sabía explicarlo, pero, curiosamente, ese hombre le producía una sensación igual en el cuerpo. Le aceleraba la sangre, le hacía vibrar la mente como el tictac de un reloj al que se le ha dado demasiada cuerda. Con sólo mirarlo se sentía feliz de estar viva, habiendo tantas otras cosas hermosas, maravillosas para abarcar con la mirada.

Aunque claro, él no era una cosa; era un hombre, un hombre magnífico.

Justo entonces, en ese preciso instante, él la miró a la cara y ella se quedó inmóvil, sorprendida en el vergonzoso acto de comérselo con los ojos.

Casi aterrada, estuvo a punto de levantar el libro para cubrirse la cara, pero eso habría sido un gesto infantil, y ya no era una niña. Tenía veintiún años.

Así pues, le sonrió amablemente y bajó el libro a la falda, y también bajó los ojos. En ese momento cayó en la cuenta de que llevaba diez minutos detenida en la misma página.

—¿Todos van hasta Edimburgo? —preguntó la señora mayor, por lo que Annabelle tuvo que volver a levantar la vista—. Yo voy hasta Newcastle.

Las arrugas de la señora eran surcos formados por gestos felices, y las patas de gallo que le salían de las comisuras de los ojos sugerían que se había pasado toda la vida sonriendo.

—Yo sigo más allá de Edimburgo, hasta Perth —contestó el caballero guapo.

La señora se acercó más a él con una mano detrás de la oreja.

—¿Hasta dónde?

—¡Perth!

La mujer se quedó quieta un momento como tratando de descifrar lo que había oído y luego asintió:

—¡Ah, sí, sí! Yo antes tenía un tío en Perth.

El caballero guapo miró con curiosidad a Annabelle y a su tía, como esperando que contestaran la pregunta también, pero la tía Millicent desvió la cara, sin duda considerando una intrusión esa conversación.

Entonces la señora mayor giró la cara hacia el caballero y entabló conversación con él, explicándole a quiénes iba a visitar en Newcastle, a su hija y nietos, y el tiempo que estaría ahí. Pero la conversación era algo difícil, porque la señora estaba casi totalmente sorda y tenía que ponerse la mano detrás de la oreja cada vez que él decía algo.

Al final los dos gritaban, y cuando dejaron de conversar, Annabelle levantó la vista y se sorprendió intercambiando una sonrisa de diversión con el guapo caballero.

No fue una sonrisa de diversión a expensas de la anciana; no era para reírse o burlarse de ella. Por el contrario, Annabelle vio una expresión de compasión en los ojos oscuros de él. Igual que ella, él era capaz de ver el humor en la vida a veces. «Qué señora tan simpática», parecían decirse mutuamente.

Después Annabelle volvió la atención al libro, pero las palabras

impresas en la página habían perdido gran parte de su atractivo. Seguía detenida en la misma página y, además, los pensamientos que le pasaban bailando por la cabeza le hacían difícil a su cerebro encontrarle sentido a la historia.

Ese iba a ser un viaje muy largo, pensó, cruzando las piernas por los tobillos, y procurando no volver a levantar la vista.

La verdad, tenía miedo de levantar la vista porque, santo cielo, tenía la fuerte impresión de que el hombre interesante se la estaba comiendo con los ojos.

Pasada más o menos una hora de viaje, el tren ya iba resoplando a toda velocidad por el ondulante campo inglés, el sol entraba a raudales por las ventanillas y la tía Millicent comenzaba a dar cabezadas; Millicent hacía todo lo posible para resistir el sueño, levantando bruscamente la cabeza cada vez que se le iba hacia delante, pero al poco rato se le cerraron los ojos y se le abrió la boca. Apoyó la cabeza en el respaldo tapizado y finalmente comenzó a roncar.

Annabelle vio que el libro de su tía comenzaba a deslizarse por su falda, así que se lo sacó con sumo cuidado de las manos flácidas, marcó la página con la cinta y lo dejó en el asiento entre ellas. Después volvió la atención a su libro.

Su atención comenzaba a absorberse en la historia cuando la interrumpió una inesperada pregunta del hombre que iba sentado enfrente.

—¿Es de suspense?

—¿Perdón? —dijo ella, levantando la cabeza.

Él hizo un gesto hacia el libro.

Annabelle miró hacia la señora mayor, que estaba con toda su atención puesta en escribir una carta, al parecer indiferente a lo que se hablara a su alrededor, y vaciló en contestar, indecisa; después de todo él era un desconocido.

—Mis disculpas —dijo él pasados unos segundos, al comprender, tal vez, que la había hecho sentirse incómoda, y volvió la atención a su libro.

Annabelle lamentó al instante su vacilación; no había sido su intención ser grosera.

—No es necesaria ninguna disculpa —dijo, cerrando el libro y dejando un dedo en la página para marcarla.

El hombre volvió a mirarla a los ojos, haciéndola sentir una especie de extraño vértigo.

—Hasta el momento ha habido bastante suspense —dijo, y le enseñó la cubierta—. ¿Lo ha leído?

—No puedo decir que lo haya leído —dijo él. Entonces cerró su libro, lo dejó en el asiento, a su lado, y alargó la mano—. ¿Me permite?

Annabelle le pasó el libro, y aprovechó el movimiento para observar la distancia que separaba sus rodillas de las de él; calculó algo más de un palmo, o tal vez tres, como máximo, y eso le produjo una emoción bastante pecaminosa.

Él pasó las páginas leyendo un poco en diagonal, marcando la página donde estaba ella con un dedo, y luego se lo devolvió.

—Debo buscarlo para leerlo. Me gusta un buen misterio.

Buen Dios, era exquisito para mirarlo, pensó ella. Un escultor famoso no podría crear nada más hermoso. Jamás había visto unos ojos tan magnéticos. ¿Qué edad tendría? ¿Cerca de treinta, tal vez?

Le miró la mano y observó que no llevaba anillo de bodas. En el fondo de ella se regocijó una parte muy femenina.

También notó que tenía las manos grandes y callosas. No era un caballero ocioso, eso era seguro, y la idea de su fuerza y aspereza masculinas la fascinó más que todo lo demás.

—¿Va de viaje a alguna parte o va de regreso a casa? —le preguntó él.

Su voz era ronca y suave al mismo tiempo, y su sonido la hizo sentirse femenina.

—Vamos a la fiesta de mi tía abuela, que cumple setenta y cinco años. Vive cerca de Newcastle. ¿Y usted?

—Es un viaje de trabajo.

Sus ojos le exploraron la cara desde lo alto de la cabeza hasta el mentón, y ella sintió su mirada como una sensual caricia.

No podía negar que lo disfrutaba secretamente, y eso lo encontraba bastante pecaminoso y excitante.

Pasado un rato la tía Millicent estaba roncando como una lechera, y Annabelle se había relajado considerablemente respecto a hablar con el caballero sentado enfrente, aun cuando no lo conocía en absoluto, no los habían presentado como es debido, él era guapísimo y ella..., bueno, ella era joven, soltera, y estaba tremendamente consciente del atractivo de él.

—¿En qué trabaja? —le preguntó osadamente.

—En un banco.

—¿Vive en Londres, supongo?

Otra pregunta osada. Prudentemente miró a su tía. Seguía muerta para el mundo, menos mal.

—Sí, actualmente mi madre vive conmigo, y sólo somos los dos. Mi padre murió hace muchos años.

—Es usted muy bueno al cuidar de su madre. Es una mujer afortunada, por tenerle a usted por hijo.

—Como lo es su madre, por tener una hija tan encantadora —dijo él, mirando a la tía Millicent, que seguía con la boca bien abierta.

La tía se movió y se golpeó la mejilla.

Annabelle sonrió.

—Es mi tía.

—Ah.

—No conocí a mi madre —dijo ella, y demasiado tarde comprendió que esa información tan personal era más osada aún que sus preguntas anteriores.

Sin embargo, algo la impulsaba a continuar la conversación, tal vez debido a la transitoriedad de esa circunstancia; era probable que no volviera a verlo nunca más.

—Cuanto lamento eso —dijo él.

—Murió cuando yo aún no tenía un año, y mi padre un año después. Me adoptaron, y me crió la más íntima amiga de mi madre. Se conocían desde que eran niñas.

Él sonrió, afectuoso.

—Es grande su suerte al tener a personas tan buenas en su vida.

—Muy cierto —dijo ella—. Mis padres adoptivos ya murieron, pero tengo a mi hermano mayor, Whitby, es decir, a mi hermano adoptivo, que cuida de mí, y, claro, a mi tía Millicent, que vive con nosotros desde que hice mi presentación en sociedad.

Él ladeó la cabeza.

—¿La ha criado el «conde» de Whitby?

—Sí.

Él la miró largamente, al parecer totalmente asombrado. Después dijo, con una extraña nota de resignación en la voz:

—Bueno, parece que estoy en compañía de personas importantes esta mañana.

La miraba de un modo diferente; se había apagado el fuego de sus ojos.

Tal vez creía que ella no deseaba hablar con él porque era la hermana de un conde y él un empleado de un banco. Deseó más que nada en el mundo asegurarle que no era así.

—No soy nada de eso —explicó—. Mis padres eran personas sencillas del campo.

—Poco importa lo que eran sus padres. Veo que es usted una mujer encantadora e inteligente por sí misma.

Annabelle sintió arder las mejillas.

—La he azorado —dijo él, en un tono casi melancólico—. Perdóneme, por favor. Mi única disculpa es que estaba sumido en mis pensamientos, impresionado por su actitud franca y amistosa.

Ella arqueó una ceja.

—¿Quién es el encantador ahora?

Él se la quedó mirando unos segundos y de pronto se echó a reír, suavemente. Ella también se rió.

Pasado un momento ella se echó hacia atrás y lo miró alegremente.

—Así, pues, dígame, señor, ¿qué hace cuando no está trabajando en el banco? Veo que le gusta leer.

Él pareció dudoso, como si pensara que no debía continuar conversando con ella de esa manera, pero pasado un breve instante dejó de lado su reserva y puso la mano sobre su libro cerrado.

—Sí, leer es un pasatiempo agradable, pero lo que de verdad me gusta es pescar.

—¿Pescar?

Él asintió.

—Sí, nada se puede comparar a llevar remando una barca por un lago en calma al amanecer, cuando el aire está fresco, uno tiene la nariz fría y se eleva vapor del agua. Entonces se arroja el sedal y se oye su sonido al deslizarse por el aire, y el anzuelo golpea silenciosamente el agua. Todo está muy apacible por la mañana, y el cielo tiene un cierto resplandor.

Annabelle se imaginó lo que él describía. Se veía sentada en su barca. Una idea hermosa, encantadora.

—Lo hace parecer maravilloso —dijo—. Nunca he pescado.

—¿No? —dijo él, mirándola con sus ojos cálidos, y una sonrisa tranquila, casi consoladora—. Tal vez algún día alguien la lleve a pescar.

Annabelle detectó emotividad romántica en su voz. Le decía con términos inequívocos que deseaba poder ser él quien la llevara.

Sintió pasar el deseo como una llama, imaginándose que lo volvía a ver, en un lugar solitario, sola con él en una barca de remos, compartiendo un momento así.

Cielos, nunca nadie había coqueteado así con ella. Ninguno de los jóvenes con los que había bailado en las fiestas o hablado en reuniones sociales se parecía en nada a ese hombre, que, comparado con ellos, se veía maduro y mucho más seguro de sí mismo. Incluso su físico era más masculino: alto y de pecho y hombros anchos; sus piernas parecían más musculosas, y sus manos..., bueno, ya había observado lo atractivas y fuertes que eran.

Pero percibía algo más en él, algo que le alborotaba la sangre y le producía sensaciones de una manera que no había experimentado nunca. Era su manera de mirarla, como si la encontrara la criatura más hermosa del mundo.

—Eso me gustaría mucho —contestó, sintiendo dificultades para respirar.

Él le miró la cara y luego bajó la mirada a su corpiño y continuó

hasta las rodillas, y después levantó la vista hacia su cara y se inclinó pausadamente hacia ella.

—Permítame, por favor, esta falta de decoro —susurró, echándole una breve mirada a la tía Millicent, que continuaba roncando—. ¿Me puede decir su nombre?

Annabelle sintió temor y excitación a la vez. Todo en esa conversación era muy incorrecto, muy escandaloso. De ninguna manera estaría hablando así con él si la tía Millicent estuviera despierta o si la señora sentada al lado de él los pudiera oír. Por suerte, la señora casi no levantaba la vista de su carta.

Se movió nerviosa en el asiento y contestó en un susurro:

—Annabelle. Annabelle Lawson.

Él continuó mirándola a la cara, como si estuviera embobado, como si no supiera qué pensar de ella o qué decir.

—¿Y cómo se llama usted, señor, si me permite el atrevimiento?

El que ella hubiera susurrado la pregunta también le daba a la conversación un matiz de secreto o furtividad. Y era, sin la menor duda, la conversación más interesante que había tenido en su vida.

Él acercó más la cara.

—John Edwards.

Intercambiaron una larga mirada, una mirada deliciosamente sensual; tenían las caras escandalosamente cerca.

—Dígame, pues, señorita Lawson, ¿qué le gusta hacer cuando no está hablando con desconocidos en los trenes?

Annabelle sonrió simulando sentirse ofendida.

—Pinto.

—¿Sí? Es pintora, una artista. Debería haberlo supuesto.

—¿Cómo se supone una cosa así?

—¿Acaso no todos los artistas tienen almas profundamente atormentadas?

Annabelle se rió fuerte y sintió moverse a la tía Millicent. Los dos se apresuraron a enderezarse, y la tía Millicent abrió los ojos, miró adormilada hacia el techo, y al instante los cerró y volvió a dormirse.

El señor Edwards se pasó la mano por la frente como diciendo «Por un pelo».

Annabelle movió la cabeza fingiendo desaprobación, y volvió a inclinarse. El señor Edwards la imitó.

—Permítame que le asegure que no estoy atormentada.

—¿Está segura? —preguntó él, haciendo un leve guiño travieso—. ¿No se siente terriblemente desgraciada o atrapada? ¿Como si la vida que debería llevar estuviera fuera de su alcance y nada tuviera sentido?

La intención de él era hacerle una broma, por supuesto, pero tuvo que reconocer que la asombraba que él hubiera dado exactamente en el clavo, porque era cierto, a veces se sentía atrapada, en especial cuando su tía la vestía como a las demás chicas de Londres y la llevaba a los bailes como para exhibirla. Porque no era como las demás chicas; detestaba la temporada de Londres, no tenía el menor interés en los vestidos elegantes ni en los zapatos de tacón, sentía una extraña fascinación por las momias egipcias y tenía una vaca como animal doméstico.

Si quería ser sincera, había ocasiones en que chillaba por dentro, tratando de encajar en ese mundo patricio y refinado, para no decepcionar a su familia, que la había acogido en su seno y la querían como si fuera un miembro más. Les debía muchísimo.

Pero claro, no podía expresar esos sentimientos y opiniones tan poco ortodoxos al señor Edwards.

—Pinto paisajes —le dijo—, y podría definir mi experiencia de pintar del mismo modo que usted define la suya de pescar. No hay nada comparable a la dicha de contemplar un bosque en otoño, instalar mi caballete e intentar decidir cómo enmarcarlo, cómo comenzar a pintarlo, por cual trazo empezar. Aunque en realidad lo que más me gusta pintar es el litoral. Por desgracia, no vivimos en la costa, aun cuando me muero por vivir junto al mar, así que debo conformarme con el campo la mayor parte del tiempo.

—¿Lo ve? —dijo él, apuntándola con un dedo—. Está atormentada después de todo, frustrada por la geografía de su existencia.

Ella se rió.

—Sí, supongo. Usted gana.

Él la observó reírse y ella vio el destello de admiración y atracción en sus ojos, claros como el agua.

Ah, cómo la halagaba, sólo con su manera de mirarla. Jamás en su vida se había sentido tan hermosa.

—Ojalá pudiera pintarme pescando —dijo él—. Colgaría el cuadro encima de la repisa del hogar, y cada vez que lo mirara me sentiría contento.

¿Contento porque lo haría pensar en la pesca o porque lo haría pensar en ella?

Jamás sabría la respuesta a eso, supuso.

—Me encantaría pintarlo —dijo francamente—. Nunca he pintado a un pescador.

—Tal vez algún día lo hagamos realidad. Llevaremos sus óleos y una tela en blanco a mi lugar favorito para pescar.

Annabelle miró por la ventanilla, soñadora.

—Eso sería espléndido —dijo, imaginándose ese día tan maravilloso.

Pero la realidad no tardó mucho en hacer notar su presencia, y tuvo que aceptar que eso no ocurriría nunca. Nunca. Al fin y al cabo, él era un desconocido en un tren, y trabajaba en un banco.

Mirando los árboles que pasaban veloces por fuera de la ventanilla, tan rápido que no alcanzaba a enfocarlos, la fastidió la magnitud de su desilusión. No era libre para hacer lo que deseaba, porque era una «debutante» en la temporada de Londres.

Uy, cómo detestaba esa palabra.

Si su vida fuera un poquito diferente...; sólo podía imaginarse todas las cosas que haría.

Pero pensar esas cosas la hacía sentirse culpable, porque había sido bendecida con muchos privilegios. Agradecía su vida, de verdad; no tenía ningún derecho a sentirse frustrada.